José Luis Montoto de Sedas

LA MALDITA LENGUA

Zarzuela en un acto, dividido en tres cuadros

música del maestro

MANUEL LÓPEZ FARFÁN



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
1917

Al Sr. D. José Guzmán
su amigo
José Luis Montoto

LA MALDITA LENGUA

LA MALDITA LENGUA

LA MALDITA LENGUA

ZARZUELA EN UN ACTO

DIVIDIDO EN TRES CUADROS

ORIGINAL DE

JOSÉ LUIS MONTOTO DE SEDAS

MÚSICA DEL MAESTRO

MANUEL LÓPEZ FARFÁN

Representada por primera vez en el Teatro del Duque
la noche del 7 de Abril de 1917



SEVILLA
TIPOGRAFÍA DE GIRONÉS, FRANCOS, 49
1917

A José Domínguez Casado.

Su amigo

José Luis

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
CARMELITA	Sra. Lahera.
REGLA	Srta. Perales.
PEPA	Srta. Paredes.
ANTONIO	Sr. Martín.
LUIS	Sr. Hernández.
CARABINA	Sr. Ballester.
CABEZON	Sr. Martelo.
MANOLIYO	Sr. Morillo.
MANUEL	Sr. Ruíz.
TRABAJADOR	Sr. Retes.

CORO GENERAL

ÉPOCA ACTUAL

Las indicaciones del lado del actor.



LA MALDITA LENGUA

CUADRO PRIMERO

La acción en un olivar. A través de los olivos del fondo debe divisarse el caserío de la hacienda. A la derecha, y formando ángulo, una casita de campo; frente al espectador, la puerta con emparrado. Es de día.

Al levantarse el telón, CARMELITA está sentada debajo del emparrado, cosiendo; CABEZÓN, cerca de ella, echado en el suelo, bosteza y se despereza a cada momento. Este personaje tiene sesenta años y es un solemne haragán. Del coro se ven algunas parejas en el fondo de la izquierda, pero, al acabar el número de música, no quedan en escena más que CARMELITA y CABEZÓN.

MÚSICA

Coro. Coge, cogerita, mientras yo vareo,
coge, que el olivo limpio ha de quedar,
no pierdas ni un ramo,
que un ramo tan sólo
puede, con el tiempo, ser un olivar.
¡Echar! ¡Echar!

Cabezón. Si la mujer vareara,
¡cuántas cosas se verían
por debajo de las ramas!

Coro. Que ya la aceituna,
madura y jugosa,

no quiere más aire
ni quiere más sol.
Rebosen los sacos,
que espera el molino.
¡Feliz el que coge
lo que antes sembró!

Carmelita. ¡Hay quien siembra en esta vía,
y en lugar de coger frutos
recoge tan sólo espinas!

Coro h. Tú, cogiendo aceitunas,
yo, vareando,
de ramita en ramita,
te voy mirando.

Cabezón. La mujer y la aceituna
necesitan de la vara,
la aceituna.... pa caerla,
la mujer.... pa que no caiga.

Coro m. Tienen la culpa los hombres,
porque, andando por las ramas,
se le escapan las mejores.
Coge, cogerita, mientras yo vareo,
coge, que el olivo limpio ha de quedar.
¡Echar! ¡Echar!

Carmelita. «A mi Dios le estoy pidiendo
que como me matas mueras;
que te vean mis ojitos
querer, y que no te quieran.»

HABLADO

Cabezón. (Después de desperezarse y bostezar.) Vamos a seguí la peoná.... (Se incorpora un poco y vuelve a su anterior postura.)

Carmelita. ¿Pero entoavía está usté ahí, señó Juan? ¡Jesús! Es usté de plomo.

Cabezón. ¡De plomo! Lo que entenderás tú de minerales.... Pero, vamos a ve, ¿sabes tú argo de argo?

Carmelita. ¡Yo!...

Cabezón. Po, entonces, ¿tienes tú cencia denguna?

Carmelita. ¡Ay, señó Juan! ¡Con razón le dicen a usté cabeza dura!

Cabezón. Me dicen eso porque soy de los que no la doblan por ná.

Carmelita. ¿Usté cree que es menester tené cencia pa comprendé que tiene usté una flojera que no se pué meneá?

Cabezón. (Aparte.) Desvergonzá como toas las mujeres.

Carmelita. ¡Si parece que está usté clavao!

Cabezón. ¿Clavao? (Se rasca la cabeza.)

Carmelita. Y, a to esto, no sé pa lo que ha venío usté, señó Juan....

Cabezón. Esa es la cosa....

Carmelita. Llegó usté mu despacio, se sentó como pa descansá una mijilla....

Cabezón. Llegué mu despacio, me senté como pa descansá una mijilla....

Carmelita. Eso.... Y hasta ahora. ¿Quería usté argo?

Cabezón. Esa es la cosa, mujé; deja hablá, que charlas más que una cotorra.... Y la cuestión es que yo vine aquí pa una cosa que hacía mucha farta; y.... esa cosa....

Carmelita. ¿Qué?

Cabezón. Se m'ha orviao.

Carmelita. Como siempre. (Se ríe.)

Cabezón. No farta más sino que tú te rías, mujé. ¿Acazo va uno a está en tó?...

Carmelita. Es verdá.

Cabezón. (Por la cabeza.) Tengo yo aquí mucho metío y argunas veces se me orvía lo disirnificante. Y aluego, como en tó er santo día e Dios no hay más

que er señó Juan pa que vaya y venga, porque sí, pues ahí lo tienes esplicao. ¡Señó Juan, (Cambiando de tono.) vaya usté a trabá er burro! ¡Señó Juan, vaya usté por un cántaro! Y tó es que er tío Carabina las trae conmigo; y ahora va y me dice:—Cabezón, anda y píele a Carmelita un lebrillo....

Carmelita. Entonces, ¿vino usté por eso?

Cabezón. Y dale. ¿No te digo que se me ha orviao?

Carmelita. ¿Pero no acaba usté de decir que lo mandaron por un lebrillo?

Cabezón. (Dándose una palmada en la frente.) Mía tú, pa eso vine; porque Manoliyo er chiquichanca no ha parecío en toavía y ya es la hora de la merienda....

Carmelita. Voy a traérselo a usté antes que se le orvíe que tiene usté que llevarlo. (Entra en la casa.)

Carabina. (Dentro.) ¡Cabezón! ¡Juan!

Cabezón. ¡Josú! Ahí viene Carabina. No lo pueo tragá ni con azuca....

Carabina. (Dentro.) ¡Juan!

Cabezón. ¡Así te quées muo! Es er peó cuchillo que tengo a mi vera. ¡Pa mí que es clericá! ¡Vaya si es clericá! (Al mismo tiempo que sale a escena CARABINA por la izquierda, sale CARMELITA de la casa con un lebrillo.)

Carmelita. (A CABEZÓN, dándole el lebrillo.) Tome usté.

Cabezón. ¿Y pa qué quiero yo esto?

Carabina. (A CABEZÓN.) ¡Pa que te majen, sangre gorda! ¿Pa eso querías tú vení? ¡Carabina! Podíamos estar aguardando. (A CARMELITA.) Y a tó esto, buenas tardes....

Carmelita. Venga usté con Dios, tío Carabina.

Carabina. Estamos aviao con los hombres. Este, con la cabeza llena de argodón en rama, y Manoliyo sin dar cuenta de su persona....

Carmelita. ¡Claro!

Carabina. ¡Cómo claro, ¡carabina!

Carmelita. ¿A dónde lo ha mandao usté?

Carabina. A la Hacienda, ¡carabina!

Cabezón. Y allí se ha encontrao con Regla, la de señó Curro, que lo trae a mal traer.

Carabina. Y sí que es una real moza, mejorando las presentes, ¡carabina!

Carmelita. ¡Vamos, no desajere usté!

Carabina. Y no te creas que lo digo por política, ¡carabina!, que desde que me pasó lo que me pasó no tengo ninguna.

Cabezón. ¡Y mía tú que de la Regla se icen unas cosas! ¡Que si fué, que si vino!...

Carabina. Que si no le dieron ná....

Carmelita. ¡Vamos!

Carabina. Es que se ice, se ice; y cuando la gente lo ice, por algo lo ice... ¡Carabina! (A CABEZÓN.) ¿Verdá, tú?

Cabezón. Yo no digo ná; pero cuando el río suena.... ¡Que si fué, que si vino!...

Carmelita. ¡Vamos, señó Juan!

Carabina. ¡Qué señó Juan, ni qué carabina! ¿A que de tí no dice ya ná naide? Y no lo icen porque desde que se murió tu mare, la señá Carmen, que en gloria esté....

Cabezón. Y po allá nos espere muchos años....

Carabina. Y te arrecogió tu tío, er señó Manuel, y te trujo aquí, no te se ha conosío ni er canto d'un naipe....

Cabezón. Y que no tiene ná de que taparse.

Carabina. Eso es, ¡carabina! (Notando que CARMELITA se inmuta.) Pero, ¿por qué te pones tan encendía que pareces una amapola? ¿Qué te pasa?

Carmelita. Nada.

Cabezón. Que la da vergüenza pensá en ciertas cosas.

Carabina. (A CARMELITA.) ¡Ya está éste! (A CABEZÓN.)

¿Tú te has creío que la vergüenza está en el coló? ¡Carabina!

Cabezón. Po.... No quiero discutí contigo.... (Medio mutis.)

Carabina. Anda, Cabezón, anda y echa er guiso, hombre, y friega bien er lebrillo, que aluego dice la gente.... (Vase CABEZÓN por la izquierda refunfuñando.) Si la vergüenza estuviera en er coló yo no tendría ninguna, porque nunca se me múa. (A CARMELITA.) En fin, voy a dirme pa allá, no sea cosa que se le orvíe a ese el encargo.... (Vase CARABINA por donde se fué CABEZÓN.)

Carmelita. ¡Vaya usté con Dios! Es verdad, no dice ná naide....

Manuel. (Sale por la derecha y habla con los que están en el olivar de la izquierda. Trae al hombro una escopeta.) Antonio, que se varee bien, que van quedando muchas en los olivos. (A CARMELITA.) ¡Dios guarde!

Carmelita. (Al ver a MANUEL.) ¡Venga usté con Dios! Ya me tenía usté en cuidao....

Manuel M'entretenío en la hacienda porque han venío los amos....

Carmelita. (Impetuosamente.) ¿Los amos?

Manuel. Sí, estaba yo en lo alto del cerro er Guijo cuando vi vení er coche, y, calculándome que serían ellos, fuí a ver si ocurría arguna novedá.

Carmelita. ¿Y...?

Manuel. Ná, no se le ocurría ná; que han venío a dar una vuelta. Me preguntaron por ti...

Carmelita. ¿Por mí?

Manuel. Y er señorito Luís me dijo que deseaba verte.

Carmelita. (Sorprendida. ¿Verme?... (Queda pensativa.)

Manuel. Sí, mujé, ¿qué tiene eso de particulá? ¿No estuviste sirviendo en su casa?

Carmelita. Es verdá...

Manuel. Ya ves cómo te recuerda. Pero, chiquilla, ¿qué te pasa?

Carmelita. A mí, ná.

Manuel. Torpe de mí; ¿t'has figurao que voy a dejá que te vayas a serví otra vé? No tengas cuidao, mujé, que ya no te separas de la vera mía...

Carmelita. A tu lao siempre, tío Manuel. Créete que, en el tiempo que estuve sirviendo, no estaba ni un día contenta. Aquellas calles serán muy alegres y muy bonitas, pero parecen que arrecogen la vista y la meten entre paredes; muchos coches, mucha gente; eso, sí, de tó sobra, menos de cielo, que no se ve más que a pedazos; y cuando pa quitarme las penas me subía a la azotea por las tardes, y el viento me daba en la cara, me parecía que me encontraba en el olivar; y aluego, cuando comprendía que tó aquello era mentira, me echaba a reir como una tonta, y, a fuerza de reí, acababa llorando como otra tonta...

Manuel. Güeno, güeno, déjate de tonterías; enjúgate esas lágrimas, toma la escopeta, y ponla en un rincón; ten cuidao que está cargá; yo voy a ve cómo van dejando eso. (Vase por la izquierda.)

Carmelita. (Al entrar en la casa.) ¡Él aquí!

«¡Permitan los cielos,
permítalo Dios,
que, con el cuchillito que matarme quieres,
te matara yo.»

Cabezón. (CABEZÓN sale por la izquierda con un lebrillo, que coloca en el suelo, al lado opuesto de la casa de CARMELITA.) A la comedia...

Carabina. (Al salir por la izquierda.) Da de manos, muchachos. (Salen los trabajadores, que se colocan alrededor del lebrillo.)

Trabajador. ¡Andarse, que era hora!

Carabina. Acercarse, ¡carabina!

Cabezón. Y que está er guizo ná más que pa chuparse los deos de gusto.

Carabina. ¡Jesús! (Los trabajadores empiezan a comer.)

Trabajador. Como que lo ha jecho usté.

Cabezón. Que he leío er *Cosinero de Su Majestá.*

Carabina. ¡Mar fin tengan los reyes! ¡Carabina!

Trabajador. Misté, tío Cabezón, (Enseñándole un pedazo de estropajo.) lo que me he encontrao....

Cabezón. Po yo no he echao carne en er guizo...

Trabajador. Si no es carne, es un cacho d'estropajo...

Cabezón. Eso es curiosidá.

Carabina. ¡Curiosidá! ¡Carabina!

Cabezón. ¿No me estabas diciendo que no fregaba bien er lebrillo? Po lo he dejao dentro, pa que viera que lo había fregao.

Carabina. ¡Vamos, hombre!

Trabajador. ¿Pero Antonio no come?

Cabezón. Se ha quedao hablando con er señó Manuel; dijo que no se aguardara.

Carabina. Lo que es como siga por ese camino se va a quedá disecao.

Cabezón. Pero no hay que apurarse, que si él no come, yo comeré por los dos...

Trabajador. Lo que le pasa a Antonio lo sé yo.

Cabezón. Tú qué vas a sabé...

Carabina. Si no lo sé yo, que tengo tres duros y medio, ¡carabina!

Trabajador. Es que la verdá....

Carabina. ¡Qué verdá, ni qué carabina! En el mundo no hay más que tres verdaes...

Cabezón. ¿Ná más que tres?

Carabina. Tres: una, que nacemos.

Trabajador. Eso es verdá.

Carabina. Otra, que nos muremos... Y la otra es que cá uno va a su avío...

Cabezón. Cá uno va a su avío... Por eso Anto-

nio ha pensao en Carmelita y se ha enamorao de ella.

Carabina. ¡Carabina! Ahora sí que has dao en el clavo, por aquello de que, entre dos que bien se quieren, con uno que coma, basta.

Trabajador. Ahora me esplico yo el por qué Antonio es tan amigo de Rafael, el sacristán de la Ermita, y se va con él toas las tardes...

Cabezón. Eso es; como sabe que Carmelita va ar despuntá er día, y al sol puesto, a rezá en la cruz de piedra que está más arriba....

Trabajador. Y yo lo he visto escondío detrás de un olivo, mirándola mu encadilao...

Carabina. Y Carmelita no le hará cara, ¿verdá, Cabezón?

Cabezón. Aspérate que me coma esta cuchará y te contestaré...

Trabajador. Pa mí, que Carmelita no quié a nadie. (Los trabajadores se van retirando poco a poco del lebrillo, y marchándose por la izquierda, a fin de que al final de la escena quede sólo Cabezón. Por la izquierda salen REGLA y PEPA.)

Regla. (A PEPA.) ¿Pero es verdad eso?

Pepa. Como te lo digo; que si el sacristán de la Ermita viene aquí tó los días es por mí...

Regla. ¡Mira el pobre! Se ha convencío ya que Carmelita no lo quiere pa ná.

Pepa. No, mujé, que ér nunca ha venío aquí más que por mí; pero se va a quedá por dos velas.

Regla. (A PEPA.) Po yo te digo que a mí Manoliyo ni me enfría ni me calienta...

Pepa. Pero tú a él, sí.

Regla. ¡Yo!

Pepa. Sí, tú, que le haces cara.

Regla. Mujé, yo le hago cara pa vé si le doy celos a Antonio, y consigo que me diga argo más de lo que me ha dicho...

Pepa. ¿Pero te ha dicho algo?

Regla. El otro día, cuando me estaba mesiendo en el columpio me cantó esta copla:

«¡Quién tuviera la dicha
que tiene la luz,
que se apaga y se queda
donde estás tú!»

Pepa. ¡Po te ha dicho bastante!

Regla. ¿Te parece poco?

Pepa. Chiquilla, tú te has empeñao en que Antonio te quiera, y er queré no es lo que tú te piensas.

Regla. ¿No?

Pepa. A ti te pasa con Antonio lo que a Manoliyo contigo.

Regla. ¿Qué?

Pepa. Tú quieres a Antonio y Manoliyo te quiere a ti; y ni Antonio te quiere a ti ni tú a Manoliyo.

Regla. ¿Y eso por qué es?

Pepa. ¡Toma! Porque tú quieres a otro, y Antonio tiene que queré a otra; eso está claro.

Regla. Po como yo sepa quién es la que tiene la culpa de que Antonio no me quiera, me las paga. ¿Tú sabes quién es?

Pepa. Yo no sé; a mí no me importa nadie más que el señorito Luís.

Regla. Po ten cuidao con él, porque ya ves lo que le pasó a Carmelita... que sólo porque dijeron que sí...

Pepa. Eso fué mentira; él no tuvo ná que vé con ella.

Regla. Entonces, ¿por qué se dijo aquello?

Pepa. Si lo dijo sería de rabia de vé que no había podío tirarle ni un pellizco.

Regla. Fuera lo que fuera, er caso es que desde entonces no se le arrima nadie, y si se arrima y se

enteran, la dejan plantá, por temor ar qué dirán.

Pepa. Yo lo que te digo es que él no ha pensao nunca en nadie más que en mí.

Regla. De móo, ¿que tú y er señorito...?

Pepa. Nos hablamos, pero de buenas maneras; y cuando viene aquí a la hacienda, nos vemos toas las noches en la cruz de piedra....

Regla. Entonces, ¿el sacristán es la tapadera?

Pepa. Cada una se tapa con lo que puede. Vamos, que ya han acabao las otras....

Regla. (Al pasar, a CABEZÓN.) ¿Hoy también le ha tocao a usté fregá er lebrillo, tío Cabezón? (Vanse por la izquierda.)

Cabezón. Y que lo voy a dejá como un espejo.

Manoliyo. (Canta dentro, y, al acabar la copla, sale a escena, por la derecha, con dos cántaros en las manos.)

Las fatigas que yo paso
por querer a una mujer
son fatigas que ella misma
no las sabe agraecer.

Cabezón. Oye, tú, ruiseñó, ¿pareciste ya?

Manoliyo. (Es un viva la Virgen; se ríe por nada.) He tardao, ¿verdá? ¡Jé, jé!...

Cabezón. Ya, por mí, aunque no hubieras parecío en to lo que quea de día, lo mesmo....

Manoliyo. Po no he tenío yo la culpa, sino er reló; que, como está nublao, no se ve bien....

Cabezón. Pa mí que quien te trae a mar traé es Regla la del casero....

Manoliyo. (Se ríe.) ¡Jé, jé!...

Cabezón. ¡No lo decía yo!

Manoliyo. ¡Ay, si lo dijera ella, tío Cabezón!

Cabezón. Pero, pedazo de bestia, ¿pa qué te has enamorao de una mujé tan bonita? ¿Pa no podé dormí tranquilo?

Manoliyo. Eso le parece a usté. ¡Jé, jé! Pero duermo más que un lirón.

Cabezón. ¿Lo sabe su padre?

Manoliyo. ¿Que duermo?

Cabezón. No; que la quieres.

Manoliyo. El padre las trae conmigo.

Cabezón. ¿Que las trae contigo?

Manoliyo. Sí, por mo de ella, que me tiene regleteao tó er cuerpo, y dice que esto pasa de la regla.

Cabezón. ¿Y pasa?

Manoliyo. ¡Qué ha de pasá, si entoavía no le he pedío la conversación! Porque cuando voy a decirle....

Antonio. (Saliendo por la izquierda.) ¿Hasta cuándo va a durá esto?

Manoliyo. Eso. ¿Hasta cuándo va a durá esto?

Antonio. (A MANOLIYO.) Tú; que hace falta agua en las mujeres; y espabílate, que pareces un palomino atontao.

Manoliyo. (Al mutis por la izquierda.) ¡Que me espabile! ¡Que me espabile, y parezco un velón de cuatro mecheros!

Antonio. (Viendo salir de la casa a CARMELITA.) Ella.
¡Si yo me atreviera! (Acercándose a ella.)
¡Carmen! ¡Carmelita!

Carmelita. ¡Antonio! ¡Dios mío!
¡Que yo tenga fuerzas y que no me rinda!

Antonio. (Aparte.) No sé qué decirle.
¡Dios, y qué bonita!
Ya tengo la boca más seca y amarga....
¡Si paese mentira!

Carmelita. ¿Pa qué me llamabas?

Antonio. Pa verte, chiquilla;
na más que pa verte; ya ves pa qué poco
te llamo en tó er día.

Carmelita. Pues si ya me has visto, me marcho.

Antonio. ¿Tiés prisa,
o es que quieres dirte pa que no te hable,
pa que no te diga
tó lo que aquí dentro me jierve, me quema,
y hasta me carcina;
eso que tú sabes, y que no es presiso
que yo te repita?

Carmelita. No sé lo que dices.

Antonio. ¿Con esas me sales?
Mira, Carmelita:
por lo que más quieras, por la salú tuya,
por tu mare misma,
no me martirices; que tengo bastantes
martirios encima.
¡Conque tú no sabes lo que hay aquí dentro!
¡Conque no te esplicas
el por qué te sigo, besando la tierra,
la tierra que pisas!
Vamos, no seas tonta; ven aquí a mi vera;
óyeme, chiquilla.
Que yo vea tus ojos, que yo vea tu boca
mu cerca e la mía;
esos ojos negros que alegran tu cara
tan coloraíta,
que a mí me parecen un peazo e noche,
aunque sea e día. (Se aproxima más.)
Así, mu juntitos. Si ya tú lo sabes;
que, sin ti, es mi vía
como la del perro que no tiene a nadie
que le haga caricias.
Como el arbolito que crece mu solo,
que naide lo cuida,
y el agua le falta, y la helá lo quema,
y el viento lo tira.
¡Que sin tu cariño no soy ná en el mundo,
no hay pa mí alegría!

¡Qué me importa el mundo, estando tú siempre
a la vera mía!

Carmelita. ¡Antonio!

Antonio. ¿Qué quieres? Levanta esa cara
y mírame. ¡Asina! (Viendo que CARMELITA llora.) ¿Por qué lloras? Dilo; por la salú tuya
dilo, Carmelita.

Carmelita. Porque eso que dices me llega hasta el alma
y me martiriza;
porque quiero quererte, y no pueo quererte...
Escúchame; mira:
¿quieres ser mi hermano?

Antonio. ¿Tu hermano? ¿Ahora sales
con esa pamplina?
¡Di que no me quieres!

Carmelita. Eso no lo digo,
que pa mí la vida
consiste en quererte. Más quiero a tu cuerpo
que me quieo a mí misma.
Más que tú me quieres; pero mucho, mucho
te quié Carmelita. (Entra llorando en la casa.)

Antonio. ¿Qué le pasa a esta mujer? ¿Será verdá lo de la señorita?... (Vase por la izquierda.)

Manuel. (Sale por la derecha con Luís.) Ahora verá usté a mi sobrina... (Llamando en la puerta de la casa.) ¡Carmen!

Luís. Ya debe de estar hecha una mujer....

Manuel. Aquí sobresale entre toas como una amapola en medio der trigo....

Carmelita. (Saliendo.) ¿Qué manda usté? (Al ver a Luís.) ¡Él! Buenas tardes....

Luís. Adiós, mujer; celebro verte....

Manuel. ¿Verdá usté que paece que no pasan días por ella? ¡Misté, misté qué cara!

Carmelita. ¡Tío Manuel!

Manuel. Ven pa acá, mujer; no seas tonta, que no vas a perdé ná por eso....

Luís. Estás más guapa.... mujer. (A Manuel.) ¡Ya tendrá usted.... cuidado con ella!...

Manuel. No hace falta: ella sabe guardarse mejó que puedo hacerlo yo, que soy el guarda; y eso que ahora anda enamoriscá....

Carmelita. No lo crea usté.

Manuel. No digas que no, mujé; si yo no me incomó por eso; al contrario, me alegro mucho.

Luís. Después de todo, es lo lógico.

Manuel. No es fea; digo, creo yo que no me ciega la pasión de tío, porque a la vista está....

Luís. ¡Qué ha de cegarle!

Manuel. Trabajadora, honrá.... Y él es trabajador, honrao a carta cabal; tiene sus cuartitos, y a hombre de bien no hay quien le gane, mejorando los presentes....

Carmelita. ¡Tío, por Dios!

Manuel. ¿A que no cae usté en quién es?

Luís. Por esas señas.... no sé....

Manuel. Po Antonio.

Luís. ¡Antonio! ¿El hijo del capataz?

Manuel. El mismo. Me paece que se la merece.

Luís. ¡Ya lo creo!

Manuel. (Viendo que CARMELITA llora.) Pero, chiquilla, ¿quiés no sé más tonta? ¿Po no está llorando por eso? ¿No te digo que yo me alegro?... Alguna ve tenía que sé; no se iba a quedá soltera toa la vía una mujé como tú....

Luís. Nada, pues a arreglar los papeles, y en la boda yo seré el padrino.

Carmelita. (Al mutis por la casa.) La boda, nunca.

Manuel. (A LUÍS.) ¿Ve usté qué sentía es? Y tó por creer que yo le iba a decir algo por habérmelo ocultado; y le ha sorprendío que yo lo sepa.

Luís. Como se lo ha dicho usted así, de golpe y porrazo.... En fin, señó Manuel, hasta la noche, y a ver si me busca usted dónde tirar una liebre.

Manuel. ¿No quié usté entrá una mijilla y sentarse?

Luís. No, tengo que hacer.

Manuel. Como usté quiera. (Entra en la casa.)

(Durante la anterior escena no han dejado de salir de vez en cuando alguna que otra mujer a dejar una espuerta o canasta al lado de la casa de CARMELITA.)

Pepa. (Sale por la izquierda con una espuerta, y al salir cruza con LUÍS.) Creí que no iba usté a vení....

Luís. Por ti voy yo al fin del mundo.

Pepa. No hace falta ir tan lejos pa eso.

Luís. ¿Nos veremos esta noche?

Pepa. ¿Dónde?

Luís. Donde siempre, en la cruz de piedra, a la salida de la luna.... ¡Que vienen!...

Pepa. Adiós y hasta luego. (Vase LUÍS.)

Carabina. (Sale por la izquierda.) Vamos a ver si acabamos. Tú, Pepa, ve arrecogiendo, pa dejarlo tó junto a la casilla, que aluego por la mañana no aparece ná. ¡Carabina! (CARABINA empieza a amontonar las canastas y las espuertas, y mientras canta:)

«El sol se va poniendo
por los terrones,
y el pícaro del amo
¡qué cara pone!»

Manoliyo. (Sale por la izquierda con un cigarro en la mano y un cántaro.) ¡Jé, jé!... ¿Me quié usté da candela, tío Carabina?

Carabina. Toma, hombre. (Viendo que MANOLIYO no atina a encender el cigarro.) Chupa; que me vas a apagá er mío.... ¿Cuántas novias tienes ahora, Manolillo?

Manoliyo. ¡Jé, jé!... No se chunguee usté de mí....

Carabina. Si no es chungueo, Carabina. Es curiosidá....

Manoliyo. Tengo media, ná más.

Carabina. ¿Cómo media? ¡Carabina!

Manoliyo. Porque no le he pedío la conversación entoavía a la que va a sé. ¡Jé, jé!...

Carabina. ¿Y quién es la agraciá?

Manoliyo. Como agraciá, es bastante agraciá.

Carabina. ¿Pero quién es?

Manoliyo. ¿Que quién es? ¡Jé, jé!... Una que me trae de cabeza con su cara y con los dos cántaros que tiene más abajo de la barba.

Carabina. ¿Dos cántaros?

Manoliyo. Dos cántaros deben de ser, porque como me acuerde de ella cuando estoy llenando alguno de agua, se me va de las manos y lo rompo, y en una semana he roto más de veinte; yo, que antes no quebraba uno....

Carabina. ¡Ya sé! ¿A que es Regla?

Manoliyo. Esa. Regla la del señó Curro....

Carabina. ¿Y qué haces que no se lo has dicho ya? ¿No ves que está deseando encontrá un novio, y que si no se lo dices pronto nos vamos a quedá sin cántaros?

Manoliyo. Es que no sé cómo rompé, no sea que el padre se entere y me rompa la cabeza de un estacazo....

Carabina. Po eso es mú fácil, Carabina.

Manoliyo. ¿Que me rompa la cabeza?

Carabina. No, hombre, decírselo a ella.

Manoliyo. Diga usté, diga usté....

Carabina. En cuanto la veas, te vas a ella y le dices....

Manoliyo. ¿Qué le digo?...

Carabina. Le dices, le dices.... Bueno, le dices lo que te se ocurra, Carabina. Míala, p'aquí viene; aprovecha, que voy a decí que den de mano. (Vase por la izquierda)

Regla. (Sale por la izquierda con un lebrillo que deja en casa de CARMELITA.) Carmelita, aquí quea er lebrillo.

Manoliyo. Regla....

Regla. ¿Qué haces, Manoliyo?

Manoliyo. Aquí esperando que ustés concluyan pa recogé los cántaros. (Aparte.) ¡Ay, qué cántaros!

Regla. (Aparte.) Este me puede serví pa enterarme...

Manoliyo. Yo se los rompo; digo, yo se lo digo. Regla, ¿me quieres oir una cosa?

Regla. ¿Por qué no?...

Manoliyo. Bueno, pues yo te quiero. ¡Jé, jé!...

Regla. ¿Sí, hombre?

Manoliyo. Sí; toas las noches sueño contigo, y cuando me despierto, creyendo que te estoy abrazando, y me encuentro que es la armoá, me da un coraje....

Regla. ¡Tiene gracia!

Manoliyo. Tiene otra cosa. ¡Jé, jé!...

Regla. ¿De modo, que tanto me quieres?

Manoliyo. ¡Ya lo creo! Como que yo por ti sería capá....

Regla. ¿De qué?

Manoliyo. De lo que tú quieras.

Regla. Pues, mira, no quiero más que....

Manoliyo. Que se lo diga a tu padre....

Regla. No. Pero como la hagas bien....

Manoliyo. ¿Me dices que sí?

Regla. Sí.

Manoliyo. Oye, ¿y qué es lo que tengo que hacer?...

Regla. Muy sencillo. Que te enteres de quién es la novia de Antonio.

Manoliyo. Pero ¿tiene novia?

Regla. Sí, eso dicen.

Manoliyo. Pues eso es mú faci, porque, preguntándoselo a él....

Regla. Esa es la cosa, que no tienes que preguntárselo, sino averiguarlo....

Manoliyo. Entonces, lo que tú me píes es que saque un rompecabeza.

Regla. Y como por causa tuya me quede sin saberlo, no esperes que te diga que sí. (Vase REGLA por la izquierda.)

Manoliyo. Yo lo averiguo, ¡ya lo creo que lo averiguo! En cuanto vea a Antonio, me voy pa él y le digo: ¡Antonio! Y él me dice: ¿Qué hay? Y yo le digo: ¡Paece que estás enamorao! Y er me dice: ¿Quién te lo ha dicho? Y yo le digo.... Eso es lo que tengo que pensá, lo que le digo, no sea cosa de que lo eche a perder y los cántaros de Regla no sean pa mí.

Manuel. (Sale de la casa con CARMELITA.) ¡Quiés no pensá más en eso!...

Carmelita. Es que usté se figura ...

Manuel. Yo, no; la gente, que es mu hablaora, y se mete en lo que ni le va ni le viene....

Carmelita. Eso, la maldita lengua, que mata más que un cuchillo....

Manuel. Después de tó, eso no tiene ná de particulá...

Carmelita. Eso cree usté; pero, a lo mejó, por una palabra dicha como sin queré.... (Abrazándose llorando a MANUEL.) ¡Tío Manuel!

Manuel. Pero, chiquilla, ¿me quiés decí de una vé qué bicho te ha picao?

Carmelita. ¡Tío Manuel.... yo quiero a Antonio!

Manoliyo. (Aparte.) ¿Qué dice de Antonio?

Manuel. ¿Lo ves? Si cuando el río suena....

Carmelita. Pero lo quiero como a un hermano.

Manuel. ¡Ya lo querrás como marío, mujé, que tó no se ha de jacé en un día! (Viendo a MANOLIYO.) Ahí tiés a Manoliyo, que está deseando....

Manoliyo. ¿Qué dice usté?

Manuel. Ná; ésta, que, porque la quiere Antonio, está llorando. Ya ves, y tú que quieres a Regla....

Manoliyo. Y me caso mu pronto. ¡Jé, jé!...

Manuel. ¿Mu pronto?

Manoliyo. En cuanto yo se lo diga, los cántaros son pa mí.

Manuel. Eso es un hombre. (Va saliendo el CORO por la Izquierda, y, con él, REGLA, PEPA y CABEZÓN.)

MÚSICA

(En la puerta de la casa de CARMELITA.)

Antonio. Por un beso de tu boca
diera, morena, mi vida,
y mi sangre gota a gota.

Manoliyo. (A REGLA, dentro de la música.) ¿Sabe que a quien Antonio quiere es a Carmelita?...

Regla. ¡Yo me vengaré!... Bueno; pues de eso.... (A ANTONIO.)

Tengo yo para un sujeto
la cajita, los blandones,
sirios y acompañamiento.

Coro. ¡Quién fuera peine en tu pelo,
y alfiler en tu pechera,
y ruedo de tus enaguas,
y lazo de tu chinela!

Coro m. Compañerito del alma,
compañero de mi vía,
¿por qué me has orvidaíto
cuando yo más te quería?

Antonio. Bien quieras tú o no quieras,
ya sabes que yo te quiero
hasta el día en que me muera.

Cabezón. Serrana, ¿quién te camela?
Dime, por Dios, la verdá;
¡si no te camela nadie
yo te voy a camelá!

Coro. Me tienes muerta de llanto
por causa de tu queré,
y tú, sin mirar mis penas,
no me quiés correspondé.

Coro h. ¡Quién fuera clavo de oro
donde cuelgas tu candil,
para ver tu cuello blanco,
cuando te vas a dormí!
A las puertas de su pecho (El resto del número sigue en la partitura.)

HABLADO

(Todos se van marchando de la escena, quedando sólo ANTONIO. CARABINA, que sale por el olivar con una espuerta y un lebrillo, se dirige hacia la casa de CARMELITA.)

Carabina. Aquí quea esto. (Viendo a ANTONIO.) ¿Qué es eso? ¿Te has quedao de aguardo? ¡Carabina!

Antonio. ¿Qué dice usté?

Carabina. No te vengas haciendo de nuevas, hombre. ¡Si me lo ha contao tó er señó Manué! Si, tarde o temprano, tié que saberse tó....

Antonio. ¿Qué se sabe, abuelo?

Carabina. Que quiés a Carmelita; lo otro se supone; que pa eso tengo tres duros y medio....

Antonio. ¿Y qué es lo otro?

Carabina. Que se entienden ustés, y que se ven a solas, y....

Antonio. ¿Quién ha contao eso? Dígamelo usté; que no vuelve a repetirlo. (Va a irse, pero ve salir a CARMELITA y se detiene.)

MÚSICA

«La maldita lengua
que de ti murmura,
yo la cogiera por en medio, en medio,
la dejara múa.»

Carmelita. (Sin darse cuenta.) ¡Antonio, te quiero!

Carabina. (Dejando caer el lebrillo, y muy cómico.) ¡Carabina, que es verdá!

FIN DEL CUADRO PRIMERO

CUADRO SEGUNDO

Telón corto. Interior de la casería de una hacienda. La escena alumbrada por la luz de un velón, que está colgando de la campana de la chimenea.

Al levantarse el telón están en escena ANTONIO, PEPA, MANOLIYO, CABEZÓN, CARABINA, REGLA, TRABAJADOR y hombres y mujeres que forman grupos.

Manoliyo. Ahora me toca a mí decí la adivinanza....

Pepa. Vamos a ve si te se ocurre algo nuevo.

Manoliyo. Fuí al campo, clavé una estaca....

Cabezón. Y no pudiste volver, porque te ataron a ella, peazo e bruto.

Trabajador. Tío Cabezón, ¿verdá usté que las mujeres se paesen a los guizos de usté?

Cabezón. ¿Cómo a mis guizos?

Carabina. Sí; porque tus guizos tienen mucho caldo y pocas tajás; y las mujeres tienen mucha palabrería, y, aluego, ná....

Cabezón. Es verdá, aluego, ná.

Pepa. Siga usté con lo que estaba, tío Cabezón....

Cabezón. Ya he perdío el hilo.

Carabina. Como que tú quieres entendé de tó, y aluego no sabes de ná.

Cabezón. ¿Que no sé de ná, y te queas con la boca abierta en toas las cuestiones?

Antonio. Que no empecemos como toas las noches....

Cabezón. Es que er tío Carabina se ha empeñao en llevarme la contra en tó....

Carabina. Como que dice que la lengua es er cuchillo que mata más que una navaja barbera.

Cabezón. No es eso sólo; es que hablo de cencia, y él no cree en la cencia; hablo de política, po él no cree en la política; hablo de socialismo....

Carabina. Y no creo en el socialismo; esas son ideas, y ná más que ideas, ¡carabina!

Cabezón. ¿Pero tú sabes siquiera lo que son las ideas?

Manoliyo. ¿Qué son las ideas?

Cabezón. Las ideas son, y esto es un suponé, lo mismito que.... aspérate que lo recuerde.... Pa mí que las ideas son aniguá que toas las cosas: unas, más parejas, y otras, menos parejas....

Manoliyo. Eso, como la guardia civí.

Cabezón. Güeno, yo sé lo que son las ideas....

Pepa. Tío Carabina, déjese usté de discutí y cuéntenos usté un cuento....

Carabina. Pa cuento está uno, que tiene molío tó los güesos de no pará en tó er día de Dios.

Regla. ¡Ande usté!...

Cabezón. Anda, hombre, que pa eso te pintas solo.

Carabina. Pó les contaré un sucedío....

Voces. Sí, eso, eso.

Trabajador. Venga de ahí.

Carabina. ¿Ustedes saben por qué pusieron esa cruz de piedra que está camino e la ermita?

Pepa. Yo, no.

Manoliyo. Ni yo.

Regla. ¿Por qué, tío Carabina?

Carabina. Me pondré aquí (Todos rodean a CARABINA, que ocupa el centro del grupo.) pa que lo oigan bien tó; que pué que no le estorbe a arguno conocerlo. La cosa debió pasá ante der Diluvio, o cosa asina, porque a

mí me lo contó mi abuela, y a ella se lo contaría la suya, o no sé quién. Escuchá:

En el sitio donde hoy
la gente esa cruz venera,
ocurrió hace muchos años
una tristísima escena,
que entoavía en mi memoria
por entero se conserva.
Hubo en la hacienda una moza
de ojos negros, mú morena,
de labios como la grana,
de dientes como las perlas,
y hermosísima en conjunto.

Manoliyo. ¡Pues como hermosa lo era!

Carabina. Tos los mozos la querían,
la envidiaban toas las hembras,
los viejos la acariciaban
y la besaban las viejas.

Regla. Tío Carabina, ¿es mu largo
er cuento?

Cabezón. ¿Tiés mucha priesa?

Regla. Nenguna.

Carabina. Pos caya, entonces.

Cabezón. Y si no quieres.... nagencia.

Pepa. Siga usté, tío Carabina....

Carabina. Po, señó, la moza aquella
cruzaba toas las tardes
el cacho de carretera
que va del pueblo a la ermita
de la Virgen de la Vega,
para llevarle, gozosa,
y en pago de una promesa,
oraciones en el pecho
y flores en una cesta.
Un día siguió sus pasos,
con intenciones perversas,

un mozo de mala entraña
y de venenosa lengua,
pero de rostro agradable
y simpática presencia.
Y la moza se hizo débil,
y escuchó la cantinela
del mozo, olvidando, al fin,
a la Virgen de la Vega,
que aguardaba inútilmente
a su devota más bella,
con plegarias en el pecho
y con flores en la cesta. (Pausa.)
La moza perdió la honra,
y el mozo, con desvergüenza,
refirió al pueblo su hazaña
al compás de la vihuela
y en coplas que al poco tiempo
corrían de lengua en lengua.
Todo acabó en una noche
en que la engañada, ciega
de coraje, su venganza
buscó valiente y resuelta,
dejando al engañador
tendido en la carretera
con una herida en el pecho
que manaba sangre negra.
El castigo de su culpa
por su mano se dió ella,
y con el arma maldita
con que el crimen cometiera,
de un solo y certero golpe
puso fin a su existencia.
El pueblo, al siguiente día,
al saber la mala nueva,
acordó poner en donde
ocurrió la triste escena

una cruz para memoria
de las gentes venideras.
Con que ya sabéis la causa
por qué hace tiempo fué puesta
en la mitá del camino
esa blanca cruz de piedra.
Desde entonces en la ermita
de la Virgen de la Vega
están de menos las flores
que llevaba en una cesta
aquella moza que un día
cruzaba la carretera.

Manoliyo. Mú bonito, pero mú triste.

Cabezón. Pero, pedazo de bruto, ¿no ves que es un sucedío?

Pepa. Tío Carabina, ¿quién era ella?

Carabina. Vete tú a sabé....

Regla. ¿Pero no vamos a bailá esta noche?

Pepa. ¿Por qué no? Ahora mismo. ¡A ver si se anima esto, que se ha quedao que paece un velatorio!

MÚSICA

(Una pareja baila unas sevillanas.)

Pepa.
Si me quieres de verdá,
como yo te quiero a ti,
no me dejes de mirá
como yo te miro a ti.
Verás
cómo yo sé amar.

Pepa. Regla, canta un tango, que voy a bailar yo.

Regla. (Canta, y baila PEPA.)
El otro día una niña
le decía a su mamá:
—De tanto llorar mis ojos,

¡ay, se me van a secá!
¡Ay, mare, yo estoy malita!
¡Ay, yo me quiero casá,
pa tené siquiera un hombre
que me pueda consolá!
Al serrano que yo camelo,
a la Virgen le voy a pedí,
que le pierda el cariño a la otra
y que sólo me quiera él a mí.

Coro. ¡Ay, qué gracia que tiene
esta niña cantando! (Sigue en la partitura.)

HABLADO

Manoliyo. ¡Mú bien bailao!... (Mucha animación.)

Regla. (A ANTONIO, que está apartado del grupo.) ¿Qué te pasa, Antonio?

Antonio. ¿A mí? ¡Ná!

Regla. Po parece que te pasa algo....

Antonio. Pues no me pasa ná.

Regla. ¡Pero, hombre, si te se conoce en la cara!

Antonio. ¿Qué?

Regla. Que estás enamorao.

Antonio. ¡Yo!...

Regla. Sí, tú; que estás enamorao de una mujer que no te hace caso.... y que, sin decirte que sí, no te dice que no, y está jugando contigo hasta que haga lo que mejor le convenga.

Antonio. Tú ¿qué sabes?

Regla. ¡Ya lo creo que lo sé! Y te digo más: esa mujer está enamorá....

Antonio. ¿Enamorá?

Regla. Sí, enamorá de un hombre; y si no se ha casao con ella es por temó ar qué dirán.

Antonio. (Con brusquedad.) Pero, ¿qué tienen que decir de ella?

Regla. Ná, hombre; no te pongas así; que, después de tó, ¡quién sabe si será mentira lo que de ella se dice.... si será una maldita lengua!...

Antonio. ¿Pero qué es lo que dicen? Pero, no, no lo digas, porque ya sé a qué murmuraciones te refieres.

Regla. Pues si lo sabes, no tengo que decirte ná.... Y si alguna vé te se cae la venda esa que te tiene ciego.... ya sabes que yo siempre soy la misma. (Se acerca al grupo.)

Carabina. Es lo mismo que si Antonio le píe ar señó Manué a Carmelita: éste quié eso, y er señó Manué no se la da, quié lo otro; y cátate ahí una revolución....

Pepa. Bueno, usté dirá lo que quiera, pero nosotras nos vamos al granero, que allí estamos más a gusto.

Cabezón. Y nosotros más tranquilos.

Pepa. Vámonos, niñas. (Vanse todos, menos CABEZÓN, CARABINA, ANTONIO, MANOLIYO y REGLA.)

Manoliyo. (Al salir Regla.) ¡Regla!

Regla. (Aparte.) Este me puede servir pa lo que tengo pensao. (Alto.) ¿Qué quieres, Manoliyo?

Manoliyo. ¿A que es verdá lo que te dije?

Regla. ¿De qué?

Manoliyo. Que a quien Antonio quiere es a Carmelita.

Regla. Sí.

Manoliyo. Po entonces....

Regla. Entonces, ¿qué?

Manoliyo. ¿Cuándo nos casamos nosotros?

Regla. ¿Nosotros? No corras tanto, hombre; que todavía falta que hacer....

Manoliyo. Eso lo sé yo, que falta arreglá los papeles. ¡Jé, jé!...

Regla. Los papeles y otra cosa....

Manoliyo. Por la cama no te dé cuidao: nos acostamos en el suelo....

Regla. No es eso; es que pa que yo te diga que sí, no te tienes que separá de Pepa en toa la noche.

Manoliyo. Y eso, ¿pa qué?

Regla. Porque yo sé que va a ir a ver a uno que la está esperando en la Cruz de piedra, y no quiero que vaya.

Manoliyo. ¿Y yo qué tengo que ver con Pepa?

Regla. Pero tengo yo; y como vaya por causa tuya, no nos casamos nunca.

Manoliyo. Descuida; que no me separo de su vera en toa la noche. Me voy a pegá a ella como una lapa. (Vanse REGLA y MANOLIYO por el foro.)

Carabina. Mira, Cabezón, no quiero discutí contigo.

Cabezón. Porque siempre te gano en tó.

Manuel. (Entrando por el foro.) ¡A la paz e Dió!

Cabezón. Venga usté con Él.

Manuel. ¿Se han recogío ya los amos?

Carabina. ¿Qué quieres?

Manuel. Ná; que me dijo la señora que le matara un conejo, y aquí lo traigo....

Cabezón. Como que tú donde pones el ojo.... peligra un conejo.

Manuel. Además, el señorito Luís me encargó que le buscara dónde tirar una liebre, y vengo pa decirle que ya he dao con la cama de una.

Antonio. Po er señorito salió con la escopeta ahora mismito; yo creí que iba a buscarlo a usté.

Cabezón. No sé cómo no te lo has tropezao en el camino.

Manuel. No me lo he encontrao porque he venío por otro camino....

Carabina. ¡Naturalmente, hombre!

Manuel. (Dándole el conejo.) Po ahí quea esto; y queárse con Dios, que voy a ver si le doy arcance....

Carabina. (Por el conejo.) Voy a llevárselo a la criá. (Vase por el foro.)

Antonio. Oiga usté, tío Manuel.

Manuel. ¿Qué quieres?

Antonio. Diga usté, ¿me va usté a decí la verdá?...

Manuel. ¿De qué?

Antonio. De lo que le voy a preguntá.

Manuel. ¿Y por qué voy a decirte otra cosa?

Antonio. Es que yo necesito....

Manuel. Pero, ¿tanta importancia tiene la cosa?

Antonio. Como importancia no tié ninguna, pero pa mí tié mucha....

Manuel. Acaba de reventá, hombre; que me vas a poné más nervioso que er rabo de una lagartija.

Antonio. Señó Manuel, es que me han dicho....

Manuel. ¿Qué te han dicho?

Antonio. Que Carmelita.... que Carmelita quiere a un hombre.

Manuel. Si no es más que eso...

Antonio. ¿Pero es verdá?

Manuel. Sí, hombre, sí.

Antonio. Dígame usté quién es, pa partirle el corazón.

Manuel. ¿Pa partirle el corazón? ¿Por qué? ¿Es quizás que mi sobrina no pué queré a nadie?...

Antonio. Es que usté no sabe cómo yo la quiero, y lo que estoy pasando por ella, y de lo que yo sería capá....

Manuel. Bueno, hombre, bueno está. ¿Con que tú serías capaz de buscar a ese hombre y decirle que tú la quieres?

Antonio. ¡Sí!

Manuel. Pues a mí me parece mejor que busques a Carmelita y se lo digas....

Antonio. ¡Yo!

Manuel. Sí, tú; porque ella me ha dicho que el hombre a quien quiere eres tú.

Antonio. Pero si ella...

Manuel. Ya lo sabes; y ahora, búscala y dícelo. Hasta mañana, señores.

Cabezón. Adiós, Manuel.

Antonio. ¡Que me quiere!

Regla. (Entra por el foro con un candil apagado.) Tío Cabezón, ¿tiene usté un misto, que se ha apagao er candil?

Cabezón. Pero, mujé, ¡que en toas las fiestas se ha de apagá er candí! Trae pa acá, que lo encienda. (Va a encenderlo.)

Antonio. Escucha, Regla.

Regla. (Llegando junto de ANTONIO.) Qué, ¿te has convencío ya de que Carmelita está enamorá?

Antonio. Sí.

Regla. Pues si te quieres arreglá conmigo....

Antonio. ¿Contigo?

Regla. Me parece que entre ella y yo hay diferencia....

Antonio. Pero si es que ella me quiere.

Regla. ¿Que te quiere? (CABEZÓN le da el candil encendido.)

Antonio. Sí; me lo acaba de decir er señó Manué; se lo ha dicho ella. (REGLA apaga la luz.)

Regla. Tío Cabezón, enciéndamelo usté otra vé....

Cabezón. Ten cuidao con las corrientes....

Regla. (A ANTONIO.) Po yo te digo que no te quiere....

Antonio. ¡Bah!

Regla. Y no te quiere, porque le habla otro, con el que se ve toas las noches en la Cruz de piedra....

Antonio. Eso es mentira; eso lo dice tu maldita lengua.... que....

Regla. Eso es verdá; y si te quieres convencer,

no tienes más que ir, y verás cómo hay allí uno que la espera.

Antonio. Píele a Dios que eso sea mentira, porque si no.... (Vase corriendo por la puerta del foro.)

Regla. Ahora va y se encuentra con el que está esperando a Pepa, y cree....

Carabina. (Entrando por el foro.) ¿Qué le pasa a Antonio, que va tan corriendo?

Regla. Ná; que se ha enterao de una cosa de Carmelita.

Cabezón. Cuenta....

Regla. Pos ná; que Carmelita traía engañao a tó er mundo....

Carabina. ¡Eso es mentira! ¡Carabina!

Pepa. (Entrando por el foro.) ¿Pero viene la luz, o no?

Regla. Mentira será, pero toas las noches se ve con un hombre....

Pepa. ¿Quién?

Regla. Carmelita; la señorita, que le decían....

Cabezón. ¿Y adónde se ven?

Regla. En la Cruz de piedra.

Carabina. ¿Y Antonio ha ido?

Regla. Ahora mismo.

Pepa. ¿Que Antonio ha ido? ¡Y se va a encontrá con.... y va a creé que....! ¡Yo la salvaré! (Vase por el foro corriendo. MANOLIYO, que ha entrado detrás de ella, la sigue después de decir su frase.)

Manoliyo. Po lo que es yo no la pierdo de vista.

Regla. ¡Yo me he vengao!

Cabezón. Si cuando icen, icen, por algo lo icen....

Carabina. ¡M'ha dao la noche, ¡Carabina! Pero yo voy a ve por qué lo icen! (Vase por el foro.)

FIN DEL CUADRO SEGUNDO

CUADRO TERCERO

Al foro y laterales, olivar. Por el centro de la escena se supone que pasa una carretera; a la izquierda, y junto a unos olivos, una cruz de piedra. Es de noche; después hay luna.

Al empezar el cuadro, la escena está sola; después sale MANUEL, que pasa cantando.

MÚSICA

Manuel. Que maten a esa mujer,
que me está volviendo loco,
serrana, con su querer.

HABLADO

(Sale CARMELITA y se dirige hacia la Cruz de piedra. A poco sale ANTONIO y se dirige hacia ella.)

Antonio. ¿Será verdá? (A CARMELITA.) ¡Carmelita!

Carmelita. (Sorprendida.) ¡Antonio!

Antonio. El mismo. No me esperabas, ¿verdá?

Carmelita. Eres tú el hombre que....

Antonio. Sí, yo soy el hombre que está pasando la pena negra por una mujer....

Carmelita. Antonio, vete; que no quiero que nos vean aquí solos.

Antonio. Y qué importa que nos vean, cuando tó er mundo sabe....

Carmelita. ¿Qué? Habla... ¡Ya te han ido con el cuento! ¡Ya una maldita lengua te ha referío lo que de mí se murmura!

Antonio. Cuando me lo dijeron no lo quise creer. ¡Era tanto lo que te quería! Pero salí de la hacienda, llegué a tu casa más pronto que un tiro, y, al no encontrarte, me pareció que me lo daban en el corazón; y a pesá de tó eso, no me quise convencé entoavía, y vine hacia aquí, y, apesá de tenerte delante de los ojos, dudo que puedas ser tú....

Carmelita. ¡Y tú eres el hombre que me querías! ¡El que tantas veces m'ha jurao, delante de esta crú, que pa ti mi vida es la tuya!

Antonio. He venío aquí esta noche porque me dijeron que tú, la mujer a quien quiero tanto, estaba aquí con un hombre; y he querío convencerme de la verdá, y ver cuál es más hombre de los dos: si él o yo....

Carmelita. Antonio, yo te juro que no he venío a ver a nadie; que he venío como vengo toas las noches antes de acostarme, como vengo toas las mañanas al despuntar el día: a pedirle a Dios que no me abandone.... a pedirle que me diera fuerzas pa resistir tu cariño....

Antonio. ¿Mi cariño?

Carmelita. Sí, tu cariño; porque tú eres el único hombre a quien he querío en este mundo y a quien quiero....

Antonio. ¿Entonces?

Carmelita. No quería decírtelo; pero, en fin, vas a saber el por qué no quería decírtelo....

Antonio. ¡Di!

Carmelita. Antonio, yo soy honrá.

Antonio. ¡Lo sé!

Carmelita. Tú sabrás que estuve sirviendo tres años en la capital, y....

Antonio. ¡Y qué!

Carmelita. Y que cuando volví al pueblo una maldita lengua me motejó, llamándome la *Señorita*, y me inventó una historia a su capricho....

Antonio. Pero....

Carmelita. Alguien viene. Vete a mi casa y espérame, si es que me quieres.

Antonio. Ya ves si te quiero, que me voy con el alma hecha pedazos. (Al mutis.) ¡Yo velaré por ella!

Carmelita. Se fué; cuando lo sepa le pasará lo que a todos: ¡no volverá a mirarme!

Luís. (Saliendo y llegando junto a CARMELITA.) ¡Pepa!

Carmelita. ¡Luís!

Luís. ¡Carmen!

Carmelita. Nunca creí que volviera usté a ponerse delante de mí, ni que llegaría usté a hacer lo que hace. No se ha contentao usté con quitarme lo único que tenía, sino que ahora viene usté a meterme por los ojos su felicidá y a burlarse de mi desgracia.

Luís. No creía encontrarte aquí, Carmelita.

Carmelita. ¿No?

Luís. Te lo juro.

Carmelita. Entonces viene usté a cumplirme la palabra que me dió muchas veces....

Luís. Escúchame.

Carmelita. Si tengo tó lo que me vaya usté a decí sabío de memoria y hasta escrito en el corazón con lágrimas de sangre. ¡Yo bien sabía que era mu poco pa ser su mujer!

Luís. No es eso, mujer; ya sé que tú no te vendes como otras.

Carmelita. ¡Venderme yo! Váyase usté, y se lo perdono tó. Primero mató usté mi cariño haciéndome creer que podía ser su mujer; y cuando se convenció usté de que pa conseguí su intento no había más camino que er de la Iglesia, inventó usté una calumnia, que corre de lengua en lengua, pa que me viera despreciá de tós los mozos que se me acercaban, que, al enterarse de lo que de mí se decía,

creían que era verdá lo que ni fué ni será nunca....

Luís. Ya lo sé. Pero yo te pido por lo que más quieras que me escuches un momento.

Carmelita. Hable usté.

Luís. Yo siempre te he querío bien, Carmelita; y si no me casé contigo fué por causa de mi padre.

Carmelita. ¿Qué?

Luís. Sí; sus negocios iban de mal en peor y su ruina era segura; sólo había un medio para evitarla: casarme con la hija del que tenía hipotecados nuestros bienes; y sin cariño, sin amor, me casé con una mujer, a la que aborrezco, y la que creo que tampoco me quiere.... Fué un negocio como otro cualquiera. ¡La ambición dominó al sentimiento!

Carmelita. Esas ventajas tenemos los pobres: nos contentamos con lo que ganamos honradamente.

Luís. Ya ves cómo soy más desgraciado que tú: no tengo paz, ni alegrías, ni cariño ninguno más que el que compro con el dinero, que tampoco es mío.... Ahora sólo te pido, ya que no volveremos a vernos más, que cuando vengas a la Cruz de piedra a rezar, como todos los días, te acuerdes de lo desgraciado que es un hombre que siempre te ha querido bien, porque de la calumnia que dices no tengo yo parte ninguna.

Carmelita. ¿Que no? Entonces, ¿por qué no la ha desmentío usté cuando delante suya alguna maldita lengua me ha llamao la señorita? ¿Por qué, cuando me abandonaba alguno de los muchos mozos que me han enamorao, no lo ha buscao usté y le ha dicho que lo que de mí se decía era mentira? ¿Por qué no?... Pero no...

Luís. Carmelita, yo te juro que buscaré al hombre que sé que tú quieres con toda tu alma, y le diré la verdad; le diré: Antonio....

Carmelita. ¡Antonio!...

Luís. Sí, a Antonio; y le diré....

Manuel. (Aparte, saliendo con ANTONIO por la izquierda.) ¿Te has convencío?

Carmelita. ¿Y le dirá usté?...

Luís. La verdad; que eres digna de ser su mujer, y si no me quiere creer, soy capaz....

Antonio. (A LUÍS.) ¿Y por qué no he de creerlo a usté?

Carmelita. ¡Antonio!... (Llegando junto a MANUEL.) ¡Tío Manuel!...

Manuel. (A CARMELITA.) ¡Lo estás viendo!...

Carabina. (Saliendo.) Por fin he llegao a tiempo, ¡Carabina! Buenas noches, señorito, buenas noches a tós. (A ANTONIO.) La que te ha dicho que Carmelita estaba aquí esperando....

Antonio. Lo sé; er señó Manué me lo ha contao tó. (A CARMELITA.) ¿Tú creías que yo iba a ser como los demás, que te dejaban al conocer la historia inventá por una maldita lengua? Sí, la sabía; como sabía también quién fué quien la inventó por envidia de que a ella no se le acercaba ninguno de los que a ti te querían....

Carabina. Ha sío Regla....

Carmelita. ¡Regla! (Salen PEPA y MANOLIYO por la izquierda, como si hubiesen dado una gran carrera.)

Carabina. Sí, Regla ha sío la que ha dicho que tú esperabas aquí al señorito.

Pepa. Eso es mentira; a quien esperaba es a mí....

Carabina. ¡A ti qué ha de ser! ¡Carabina! Si sé yo mu bien que era a ella, a Regla; tú eres mu decente.... pa eso....

Manoliyo. De móo, que Regla y er señorito.... y yo.... Si lo sé no corro tanto.

Manuel. Y vosotros a ser felices; y tener siempre en cuenta que, cuando una maldita lengua mur-

mura de los demás, esa misma murmuración le cae a ella encima.

Manoliyo. Como que yo se lo digo a tó er mundo.

Antonio. (A LUÍS.) Y yo a usté no le guardo rencó por haber querío a esta mujer; lo bueno se desea siempre; usté pudo creer que sería pa usté, y ya ve usté, yo he tenío más suerte: es pa mí.

Carabina. (A ANTONIO.) ¿Lo estás viendo? ¡Carabina!

TELÓN

Obras de José Luís Montoto

El Farolito de Animas, juguete cómico en un acto.
La loca del 3.°, juguete cómico en un acto.
La literata, juguete cómico en un acto.
Las guerreras, juguete cómico-lírico en un acto.
La pava, entremés en prosa.
El torero del barrio, sainete lírico en un acto, dividido en tres cuadros.
Amor al vuelo, comedia en un acto.
El tres de Mayo, sainete lírico en un acto, dividido en tres cuadros, en prosa y verso.
La última muñeca, entremés en prosa (2.ª edición).
Los Armaos, apropósito en verso.
Pájaros y flores, comedia en un acto.
Coincidencia, diálogo en prosa.
¡Llegó la hora!, entremés en prosa.
Los millones, comedia en dos actos.
Salto en la escala, juguete cómico en un acto.
Los juguetes, paso de comedia.
Sevilla, 1914, fantasía en un acto, dividido en seis cuadros y un intermedio musical, en prosa y verso.
La volatinera, comedia lírica en un acto, dividido en cuatro cuadros.
El Tenorio taurino, casi parodia del inmortal drama de Zorrilla, en un acto, dividido en cuatro cuadros, en verso.
....Y también lloro!, paso de comedia (2.ª edición).
Palabra de hombre, zarzuela en un acto, dividido en tres cuadros.
La maldita lengua, zarzuela en un acto, dividido en tres cuadros, en prosa y verso.
El que le sigue...., entremés en prosa.